

Safo

Beatriz Espejo

Safo de Mitilene vivió a principios del siglo VI a. C. Voz de las más inspiradas en el panteón lírico de Grecia, ella representó también la imagen de la amante no correspondida. Según una leyenda luego retomada por Ovidio en sus Heroínas, al no lograr el amor de un joven de nombre Faón, la poeta se lanzó desde una roca de la isla de Léucade. Beatriz Espejo fabula este episodio amoroso.

Safo nació en una isla, lo cual es un principio de soledad, una definición. Parada en lo alto de su terraza, se veía tan pálida como la muerte. Tenía el rostro blanco de las leprosas. Sus bucles en desorden igualaban las hojas del bosque en las tempestades y se le enredaban los cabellos canos que pronto ni con todas las artes de la cosmética dejarían de servirle para tejer con ellos su propia mortaja. Lloraba su juventud perdida igual que si fuera un amor traicionado. Se dolía aun más que cuando la bella Attys abandonó sus amores. Creyó que no podría superarlo nunca; sin embargo, superó el desgarramiento y casi sonrió pensándolo.

Su pequeña y delgada figura se recortaba con las primeras luces de la aurora. Veía el panorama dormido a sus pies, sólo las olas del mar se estrellaban contra las rocas, parecían una mano que lanzaba por cada dedo espumas intermitentes. No olvidó que el médico Hipócrates le había dicho que en el agua encontraría su salvación y por eso la observaba con avidez. Creyó —como todos los desdichados— que los demás eran felices y a esa hora los habitantes de Mitilene descansaban y después de acariciarse abrazaban a sus parejas. Se convenció de que únicamente ella había estado desasosegada y sin dormir desde hacía semanas. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Reconstruyó la imagen de algunas discípulas. Las había enseñado a bailar entonando cánticos nupciales. La abandonaron siguiendo al hombre con quien debían desposarse; otras las sustituyeron, incluso más graciosas; pero ahora crecieron y se fugaron de esa mirada

que exaltaba la agilidad de los movimientos, los pechos erguidos, la carne firme, la sonrisa confiada, todo cuanto ella había perdido y añoraba. Además, las nuevas alumnas también se dispersaron obedeciendo su destino.

Estaba amargada por el llanto que valientemente no derramaba. Se daba cuenta de que ofrecía a sus amigas un desamparo acariciador y que Attys al alejarse no hallaría una felicidad tan grande como al besarse apasionadas o corretear en la orilla de la playa fingiendo que no se alcanzarían hasta que una de las dos abandonaba la carrera y se desplomaba sobre la arena esperando a la otra; sin embargo, algunas más dotadas la remplazaron. Ahora también se habían ido. Y ella intentaba descansar sin lograr hacerlo por una tortura inexplicable.

Claukis —la esclava que la había ayudado y protegido desde su infancia, la llamaba niña y conocía el dolor que albergaba por los años pasados sin apenas sentirlos— vino al poco rato para masajearla. La tendió en un camastro. Luego tomó un peine artísticamente labrado y con aceite comenzó a trabajarle los rizos. Safo abrió los ojos, cerrados para sentirse mimada, y con una voz mansa conociendo de antemano la respuesta preguntó:

—¿Estás triste por ver cómo se blanquean mis cabellos? ¿O porque tu arte ya no consigue disimular los pliegues y arrugas de mi cara?

—No, señora mía, desearía que alguna vez pudiera verte tan radiante como cuando regresaste del exilio siciliano con tu esposo Kerkolas. Entonces mis preocupaciones descansarían. En ese tiempo nació tu hija Kleis y



John William Godward, *Dolce Far Niente*, 1904

por una época fuiste sencilla y feliz... —repuso la anciana como si no hubiera oído lo que acababan de decirle y como si no hubiera dicho lo mismo con frecuencia.

Safo siempre temió que su hija heredara su propio temperamento, su apasionado apego a la libertad y su ardiente comprensión de los sentidos que traía consigo dolores infernales. Ninguno sabía tanto que un segundo de plenitud se paga con lustros de desesperación. Sonrió melancólica, se enderezó para contemplarse en el espejo colocado sobre una mesita entre potes de afeites. No disimulaba las profundas ojeras de la madrugada anterior, la piel morena de matices grises. A pesar de permanecer desvelada, Apolo no la había visitado durante varias semanas y no consiguió ni una línea digna de rescatarse y su pena se recrudecía segura de que su existencia perdía sentido y se le había secado la fuente. Conocía el precio con que se paga el talento. Desdeñaba la cárcel de su cuerpo. Sin embargo, a ella, elegida por los hados con el don de la poesía, le quedaba el consuelo de haberse expresado con su arte provocando éxtasis embriagantes. Pero guardó ese pensamiento contradictorio y consolador. Se levantó para que le abrocharan el peplo. La esclava cerró las hebillas de los hombros y el cinturón de metal cincelado que ceñía estrechamente el talle, levantó los amplios pliegues de la túnica encima del cinturón y formó una especie de blusa. Le calzó sandalias de cabritilla y dejó cerca un sombrero de paja que la defendería del calor cuando saliera para visitar sus huertas, jardines y viñedos.

A medida que la mañana entraba se distinguían miles de insectos zumbando alrededor de los árboles frutales. Algunos olivos antiquísimos levantaban sus troncos carcomidos por siglos, eran gigantes ancianos que miraban a sus retoños creciendo cerca. Y sin que nadie notara cambios en su conducta, empezaron las peticiones cotidianas que tanto cansaban y aburrían:

—Ama, queríamos preguntarte si quieres comprar las semillas que trajeron los mercaderes de Samos, dicen que las ensaladas y calabazas que de ahí salen tienen sabores especiales.

—Ama, los canales que riegan el viñedo están muy deteriorados; si no se reparan sufrirán mermas las cosechas.

—Ama, los almendros deben podarse.

—Ama, necesitamos niños que corten aceitunas.

Asentía. En realidad apenas oyó las propuestas, dejaron de importarle. Su pensamiento volaba. Con más fuerzas que los días anteriores, la mordía el recuerdo, símbolo de lo extraordinario. Llegó a Eresos, su ciudad natal en Lesbos. Recordó a su intrépido padre que contaba viejas leyendas de los dioses y toda la frescura de la brisa quedaba encerrada en esas horas. Cuando se fue a una guerra de la que jamás regresó, quiso morir. Cada vez que gozaba momentos tranquilos reconstruía la época en que los hombres abandonaron Lesbos y las mujeres tomaron el gobierno. Resolvían problemas de agricultura, familia y derecho. Se convirtieron en Amazonas y cobraron una fama expuesta a la maledicencia. Trajo a su mente la cara de su madre que supo guiar con bra-



Lawrence Alma-Tadema, *Saffo y Alceo*, 1881

vura a cuatro hijos y le enseñó orgullosa que debía apoyarse en su propio sexo e independencia. Dibujó en su imaginación al rubio Alceo, el poeta de la guerra y el vino, su primer enamoramiento. Junto con él creció acompañada por mancebos que la deseaban gracias a su volcánico apego a la belleza en cualquier forma que se presentara, en el ritmo que se les daba como cosa natural desde los lejanos tiempos cuando esas tierras cobijaron la cabeza de Orfeo. Por eso proliferaban los artistas aunque nadie había alcanzado la fama que ella construyó desde la primera edad. Sus canciones se oían en todas partes. El pueblo se las apropiaba de tanto repetirlas. La rodearon jóvenes que la convirtieron en un atrayente personaje escuchado con atención desde adolescente. Se admiraban de sus movimientos al bailar cantando y tañendo su cítara. Después conjuró otra vez a todas sus discípulas, las primeras de su misma edad que se internaban en los bosques de pinos aspiraban el perfume de las ramas y se preparaban para las danzas en los altares de las diosas. “Eros sacude tanto los sentidos como las tormentas de las montañas a los bosques”, repetían.

Recordó cuando, ahora le parecía que había pasado una eternidad, se puso su sombrero y salió rumbo al mercado acompañada de Claukis, quien le señaló con el dedo uno de los veleros debajo del puente. Allí descubrieron al rubio Faón. Parado sobre su nave se reclinaba contra el mástil y tenía junto dos quinceañeras sonriéndole embelesadas. Por el griterío reinante no se podía entender lo que hablaban; sin embargo, él bajó de un salto, abrazó a sus adoradoras inclinándose a cada una; y luego por primera vez vino hacia ella, que había advertido la prestancia del pescador. Mirando de cerca esos ojos color miel tuvo una extraña premonición, sintió que su corazón latiría de nuevo y se burló de una promesa que

hizo sin sospechar el porvenir. “Hacia vosotras, hermosas hermanas mías, está inclinada mi alma y jamás cambiará”. Entonces le preguntó a su esclava lo que sabía de ese hombre tan atractivo. Así se enteró de las historias que corrían de boca en boca. Decía ser hijo de una griega de Esmirna y de un marino y traía consigo muchas experiencias. La tarde empezaba a ocultarse y a la luz de un farol contempló el rostro de aquel que la había notado sin demasiada curiosidad, pero que para ella comenzaba a ser el único sol humano. Luego siguió su camino hacia un templo redondo construido en honor de una deidad, iba repitiendo versos que había compuesto cuando el amor por una doncella la abrumaba. Ahora sin sentir el porvenir pronunciaba las mismas palabras configurando la silueta del barquero. Y estuvo allí embargada por sensaciones sorprendidas hasta que comenzó la tarde. Ya en su casa había salido la luna iluminando un ángulo del patio abierto. Bajo esa luz pudo leer una carta, su hermano viendo que la vida por aquellas épocas se le complicaba gracias a los acerbos comentarios que la pondrían en peligro, le rogaba que contrajera ventajoso matrimonio. El marido propuesto se llamaba Jadmón, era un comerciante rico que deseaba calentar su lecho con la fama de la poetisa y hasta prometía abandonar su propia isla para hospedarse con ella, devolverle un buen nombre y mantenerla hasta el final de su vida.

Ella encontró la oferta conveniente y sin embargo ni lo pensó. Su resolución fue tomada antes incluso de analizar sus ventajas. Escribió que aceptaría si aún pudiera concebir; pero esa oportunidad se había ido. “Si mis pechos dieran leche todavía, si mi seno pudiera llevar fruto, iría sin temor hacia el tálamo nupcial; pero ya la vejez ha grabado arrugas en mi piel”, repuso. No. Ya no tendría la ventura de estar embarazada. Ahora era

una mujer confusa. La prudencia y la voluntad competían en su interior. Su hacienda mermada le impedía vivir con tanto lujo como siempre. Decidió cortar el hilo de su vida y por ello recordaba. Quizá sólo una ilusión le devolvería el ensueño, pero la fantasía se evaporó como las gotas del mar al chocar contra la costa. Vestida con su precioso peplo blanco de anchos bordados en el extremo y una cinta del mismo color ciñéndole la frente salió otra vez a la terraza que empezaba a iluminarse con la gloria del ocaso. En torno del monte Olimpo los rayos se encendían de púrpura y oro. Y siguió recordando, nadie debía notar cambios en su conducta ni impedir su resolución. Así continuó una costumbre, bajó a la viña para examinar las reformas en los acueductos que se empezaron bajo las diligencias del jardinero. Mientras, se figuraba que esos rayos celestes envolvían a Faón como si fuera algo divino e inatrapable. Por él había percibido un manantial agotado que volvía con ímpetus a brotar de sí misma. No importó que al conocerlo no supiera leer. Ella lo enseñó con tal de verlo con frecuencia y mientras lo hacía y lo observaba descifrando las letras fue mitad madre y mitad doncella y su ser se abrió como mariposa saliendo del capullo. Recordó los halagos de Faón en los primeros encuentros, el beso al extremo de su manto, sus continuadas reverencias. Recordó los relatos populares que lo convertían en un mimado de Afrodita porque se decía que la diosa eligió la nave de ese pescador para ir a Hierápolis, su punto de destino, disfrazada de una anciana andrajosa a la que por lástima el marino no le quiso cobrar. La pesca había sido abundante y como recompensa recibió un bálsamo que hechizaba a las mujeres. A Safo la hechizó. Aquel día, el día que cruzaron gestos cordiales, ella que apenas probaba alimentos, comió con fruición los langostinos ofrecidos por el pescador. A la mañana siguiente volvió a mandar que le prepararan la mula para repetir el paseo y colgó la canasta con las provisiones en la perilla del argón. Caminaba sola, por el sendero anterior, sin encontrar a quien tanto anhelaba. Transcurrieron horas hasta que Mitilene inundada por la luz lunar cobró una belleza irreal. A la derecha se veía el golfo de Hiera y muy lejos a la izquierda centellaban puntos luminosos de Methymna. Safo no olvidó el fulgurante espectáculo. Ni olvidó tampoco que le hubiera gustado alcanzar el cielo con las manos. Al regresar a su casa lo alcanzó. El joven barquero estuvo allí llevándole más pescado.

Esos fueron los principios. El recuerdo despiadado la llevó hasta la pequeña bahía donde se bañaba en espera de lo esperado. Por eso en una gruta tendió sus mantas. A treinta pasos de la playa se balanceaba un barco al vaivén de las olas. Sintió una sombra sobre su cuerpo, como si alguna nube acabara de ocultar la claridad. Ante ella estaba Faón, que cayó de rodillas y escondió la cabeza en su regazo tartamudeando palabras dulces.

Ella no se movió, un temblor la recorrió al contacto de aquellos músculos poderosos. Emocionada lo atrajo contra sí. Besó sus mejillas y sus labios, le confesó que lo anhelaba y por la confesión consumaron los deseos. Después en la penumbra él se quedó dormido y ella veló su sueño llena de gratitud. Sí, esos fueron los principios. Recordó nuevamente que los encuentros se dieron todos los días en el agreste nido o en su propia habitación donde, ciñendo contra sí las rodillas, empezó a cantarle sus poemas sin importarle las habladurías de sus servidores. Él se mantuvo reservado hablando de cosas ajenas a cualquier intimidad. Ella, sin querer notarlo en esos momentos, recordó nostálgica que se sentía tan afortunada que carecía de importancia todo lo tenebroso y triste. Tiraba guirnaldas al mar musitando: “Y que el carro del triunfo flotante reciba mis ofrendas”.

Pese al tiempo transcurrido Faón seguía sin dar señales de que compartía el enamoramiento salvo al hacerla gozar hasta la enajenación. Ella, tan sabia en caricias, supo sólo que cada encuentro había sido mejor que los demás. Un anochecer, cuando Faón se disponía a partir con una ira impredecible como si no hubiera terminado de desfogar sus ardores, Safo lo detuvo y escanciándola con vinos le sirvió la comida que Claukis había preparado. Se sentó a su lado y jaló la mesita y la lámpara de aceite.

—Amado —susurró—, anoche aproveché tu reposo y escribí para ti unos versos —desdobló el rollo de papiro y leyó—: “Esta noche te aseguro he rezado que no tenga alba...”. Serán una señal de nuestra unión, un secreto no compartido, algo que sólo tú y yo sabremos.

Faón los recibió como un tesoro y se puso a deletrearlo. Safo se enterneció al advertir que había aprendido a formar palabras con rapidez y que escondía el pequeño rollo en su chitón arriba de la cintura:

—Guárdalos bien —advirtió ella—. Que nadie lo lea.

Después Faón apagó la lámpara de un soplo y esa noche no tuvo alba; pero los dioses ciegan a quienes quieren perder, es bien sabido.

Una semana después en el mercado, porque la burla asesina el respeto, hasta la más triste verdulera se deleitaba haciendo mofa de la vieja poetisa rogando para conquistar al jovenzuelo del bálsamo misterioso, la petición a los inmortales y la noticia de que Faón desapareció apresurado cruzando los mares. Afirmaban que no regresaría. Safo en sus visitas a la gruta, en su paso por el mercado, lo había escuchado sin detenerse a indagar. Envuelta en el velo de niebla de sus recuerdos, nada compraba. Convencida de que la voluntad había triunfado sobre la prudencia, repetía sus mismos versos, “Eros sacude tanto los sentidos como las tormentas de las montañas a los bosques”. Entre sueños, guiaba su mula hacia un majestuoso acantilado. En el filo, recordó por último a Hipócrates y abriendo los brazos como si quisiera abarcar el universo se lanzó hacia las aguas. **U**